

Ciriaco

Érase una vez, un joven muchacho de diecisiete años llamado Ciriaco, quien siempre había tenido un sueño: ser caballero. En esa época, cualquier joven soñaba con eso, pero no todos podían conseguirlo.

Su familia era muy pobre, apenas podían cenar algo decente. Eran tres muchachos valientes y tres jovencitas muy lindas, hijos de un padre enfermo y de una madre que trabajaba cuando podía, ya que tenía que cuidar a su marido mientras los jóvenes buscaban algo útil para llevar a casa. Ciriaco era el más grande de los hermanos. Él era un joven moreno, de ojos grises y una sonrisa preciosa, que enamoraba a todas las jovencitas del pueblo. Era alto y apuesto, y muy buena persona. Para sus hermanos menores, él era un gran ejemplo a seguir y sus padres estaban muy orgullosos de él.

Por las noches solía pasear por los alrededores del castillo, donde vivía el rey Rómulo, su amada reina Teodora y su querida hija, Esmeralda. Esmeralda era una joven de cabello negro, oscuro y ondulado, de ojos verdes esmeralda, con una piel suave, labios carnosos de color rosa y una sonrisa de angelito.

Ella, cuando era pequeña, se escapaba del castillo para poder jugar con los niños de su edad, y aunque sus padres no se lo permitían en aquel entonces, ella seguía haciéndolo. Ellos siempre fueron amigos. Ciriaco nunca le contó lo que sentía por ella, pero lo que no sabía era que ella sentía lo mismo por él. Esmeralda, cada noche, se asomaba por la ventana de su torre y miraba cómo Ciriaco paseaba tan tranquilamente por los alrededores de su hogar.

-¡Tsssst! ¡Ciriaco! –decía Esmeralda con cuidado, para que sus padres no la oyeran-. ¿Otra vez por aquí?

-Princesa, ¿le he dicho alguna vez que se ve muy linda cuando la luz de la luna le ilumina la cara? –le preguntó Ciriaco un poco sonrojado, mientras Esmeralda se sonrojaba aún más.

-¡No me trates de usted! Llevamos siendo amigos desde los 5 años, y eres mi mejor amigo, ¿cuántas veces tengo que decírtelo?

Después de reírse un rato, uno de los hermanos de Ciriaco se acercó a él para avisarle de que algo le había sucedido a su padre. Esmeralda se despidió de él y le lanzó un beso con su linda mano y los dos hermanos se dirigieron rápidamente hacia su casa.

Cuando llegaron, vieron al resto de su familia rodeando la cama de su padre y llorando. La madre levantó la mirada y se dirigió a Ciriaco diciéndole: "Papá ha muerto...".

Por un momento, Ciriaco se quedó paralizado. De pronto empezó a llorar, y con un dolor increíblemente difícil de aguantar, salió de casa y se dirigió hacia el árbol más cercano al bosque, donde mientras lloraba, se quedó dormido.

Al día siguiente se dirigió hacia el bosque con un arco y un montón de flechas. Cuando llegó a la cascada del bosque, cogió el arco y una flecha y, apuntando hacia una diana que había en un árbol, disparó. Ciriaco solía pasar sus ratos libres ahí, cuando quería entrenar o cuando se aburría o estaba triste.

-Ciriaco –dijo una dulce voz–. Ya me he enterado de lo que le ha pasado a tu padre... Lo siento mucho.

-Oh, muchas gracias, dulce princesa Esmeralda, no sabía que usted... ,es decir, tú, estabas aquí.

-Sí, me he quedado mirando cómo disparabas con el arco y las flechas. ¿Por qué no sirves en la caballería? Serías un buen guerrero –dijo Esmeralda.

De pronto, escucharon las risas de unos muchachos.

-¿Él? ¿Caballero? No me hagas reír, Esmeralda –dijo un muchacho rubio, llamado Doroteo.

-Doroteo, para usted, soy princesa Esmeralda, no le permito hablarme con esas confianzas – contestó la princesa.

Doroteo era el muchacho más creído y más antipático del pueblo, aunque también era el más rico y guapo.

-No nos molestes, Doroteo, vete con tu panda de muchachos, que no os necesitamos por aquí –añadió Ciriaco.

-¡Eh! Baja esos humos –contestó Doroteo a la defensiva-, señor huérfano de padre. Procura encontrar algún trabajo para poder mantener a tu familia... Sois una plaga de pobres.

Los amigos de Doroteo empezaron a reírse, y cuando se giró hacia ellos, Ciriaco, con toda su ira acumulada, se abalanzó sobre él.

-¡Retira lo que has dicho! ¡RETÍRALO!-. Los dos empezaron a pelearse.

-¡Basta! ¡Ciriaco, Doroteo, separaros, es una orden! –dijo muy enojada la princesa.

Los dos muchachos, alterados, obedecieron la orden de Esmeralda. Ella cogió el brazo de Ciriaco y los dos jóvenes se fueron del lugar, dejando a Doroteo y a sus amigos atrás.

-Ciriaco, debo irme al castillo, mis padres creen que estoy en clases de desfile con el caballo – dijo Esmeralda. –No hagas más caso a Doroteo.

Ciriaco volvió a casa y, al día siguiente, cuando salió a pasear, pasó por la plaza del pueblo y vio a mucha gente reunida y a un hombrecillo pequeño subido en un sillón alto con un papel entre las manos y diciendo algo que no pudo escuchar.

-¡Ciriaco! ¡El dragón ha secuestrado a la princesa! Ofrecen 100.000.000p. por su cabeza y por traer sana y salva a Esmeralda –dijo Adora, una de las hermanas menores de Ciriaco y gran amiga de Esmeralda.

El muchacho fue a su casa y cogió su armadura, sus flechas y su arco, decidido a ir a rescatar a la princesa.

La cueva del dragón se encontraba en la montaña más alta y algo lejana del pueblo. Para una persona, el viaje era de un día y una noche, pero para el dragón tan solo de una hora, ya que podía volar rápidamente.

-No me digas que piensas ir a rescatar a la princesa –dijo una voz burlona.

-Doroteo, no me molestes, ¿está bien? –contestó Ciriaco, mientras se aguantaba la rabia.

-Mira, Ciriaco, solo venía a decirte que yo seré quien salve a la princesa, ni tú ni otro caballero podrá llegar ni a la cueva –dijo, seguro, Doroteo.

El muchacho se fue con su gran espada, su armadura plateada y su gran escudo a por la princesa. Ciriaco hizo lo mismo, pero por otro camino, para poder evitar cualquier discusión con Doroteo.

Al entrar en el bosque, Ciriaco estaba un poco asustado, ya que los árboles le impedían ver la luz. De pronto, escuchó pasos. Unos pasos fuertes y lentos, pero cuyo ritmo cada vez se hacía más rápido. Cuando ya estaba delante de Ciriaco, un rayo de luz iluminó la cara del extraño.

-¿Qui-quién er-eres? –tartamudeó Ciriaco.

-Soy el guardián del bosque. ¡¿Qué estás haciendo aquí?! –dijo muy enojado.

-Soy Ci-Ciriaco –tragó saliva y continuó. – No vengo a causar ningún daño, voy hacia la cueva del dragón, a matarlo y a rescatar a la princesa.

-¿A matarlo? –preguntó indignado y muy enojado. – ¡A Arkón nadie lo tocará!

-¿Arkón? Pero él tiene a la princesa, se la quiere comer, y los reyes han mandado a que...

-Esos reyes... -interrumpió el guardián-, se dejan llevar por las historias del pasado.

-Pero... entonces, ¿por qué tiene a la princesa? -preguntó Ciriaco, cuando de golpe escucharon a alguien gritar. - Es Doroteo, viene hacia aquí.

-¿Quién es Doroteo?! -preguntó muy enojado.

-Doroteo es un chico que quiere matar a Arkón, como yo quería hacerlo desde hace poco, pero ya no. Gracias por la información, guardián. Necesito que me hagas un favor.

Ciriaco le dijo algo al oído y rápidamente desapareció entre la oscuridad, hacia la cueva. Mientras corría, escuchó un grito espeluznante de Doroteo.

El primer día ya había acabado, y la noche estaba por acabarse también. Ciriaco no descansó y siguió caminando hacia la cueva. Cuando el sol ya se asomaba, Ciriaco ya estaba en la boca de ésta, a punto de entrar.

Cuando entró, vio en el fondo una luz. Se dirigió hacia ella, y la luz era el fuego de una hoguera. Cerca de ella vio a una muchacha estirada en el suelo, era Esmeralda. Corrió lo más rápido que pudo, y se arrodilló.

-Princesa... Despierte, por favor -dijo Ciriaco con la voz temblorosa, cuando de golpe el suelo empezó a moverse, y el gran dragón apareció muy enojado.

Arkón lanzó un rugido que le hizo poner la piel de gallina. Él, en seguida alzó su arco y su flecha con la intención de matar al dragón, cuando Esmeralda gritó:

-¡No le hagas nada Ciriaco! No es lo que todos creen... -Ciriaco, obedeciendo, bajó lentamente las armas. - Gracias, amigo, voy a explicarte el porqué estoy aquí. Sé que creen que me ha secuestrado, pero no es cierto, he venido por mi propia voluntad. Arkón es mi amigo, un gran amigo. Seguro que habrás escuchado la historia de un caballero que mató al dragón para salvar a la princesa. La princesa fue mi bisabuela y el dragón, su padre. Pero Arkón es diferente, él es muy juguetón, muy protector, y siempre quise contárselo al pueblo, pero... ¿quién creería las palabras de una joven princesa?

-Yo mismo -contestó Ciriaco mirando al dragón, que estaba entretenido con su cola-. No pueden hacerle esto al pobre dragón, no lo pueden juzgar por las apariencias o por lo que fue su antepasado.

-Exacto, al menos ahora tengo a alguien que me cree... Gracias, Ciriaco –dijo sonrojándose la princesa.

Ciriaco se iba acercando poco a poco a los labios de su amada princesa, cuando de golpe Arkón saltó sobre ellos y abrió la boca. Dentro de ella había una rosa roja, que Ciriaco cogió y entregó a Esmeralda. El dragón se alejó y el caballero y su querida amada se fundieron en un beso.

Volando en la espalda del dragón, llegaron al castillo de la princesa. Cuando aterrizaron, muchos caballeros señalaron con sus armas al dragón como si quisieran atacarlo.

-¡Bajen esas armas caballeros! La princesa quiere hablar –dijo Ciriaco mientras dejaba paso a su amada.

-Pueblo noble, siento mucho que se hayan preocupado por mí. Este precioso dragón de nombre Arkón no me ha secuestrado. He ido a su cueva por voluntad propia. Es inocente de todo lo que puedan creer que ha hecho. ¡Ni tan solo come carne! “Es imposible encontrar a un dragón vegetariano”, eso creíamos todos, pero ahora lo he podido comprobar. Arkón es el último dragón que queda en este país, y puede que en el mundo... Creo que deberíamos tratarlo como él se merece. Nos conocemos desde hace ya algunos años y ha sido un gran amigo, un gran apoyo. Y este gran caballero –dijo la princesa dirigiéndose hacia Ciriaco–, es mi héroe, no porque me haya salvado de nada, sino porque ha creído en mí y me ha dado la voluntad necesaria para poder volver al pueblo y dirigirme hacia todos ustedes sin temor a nada.

Después de estas palabras, el pueblo empezó a aplaudir y los reyes se acercaron a su hija, le dieron un beso en la frente y la abrazaron.

Los reyes nombraron al dragón como un símbolo de amistad y de valor y a la rosa como un símbolo de amor.

Ciriaco se casó con la princesa Esmeralda y se convirtieron en los sucesores al trono. La familia de Ciriaco vivió en el castillo con ellos. ¿Y Doroteo? Fue castigado a ayudar al guardián del bosque durante cien años. Ciriaco y Esmeralda vivieron felices para siempre.

Hannah Pascua